

Eval A. Araya Vega

EL PERSONALISMO CRISTIANO DE EMMANUEL MOUNIER, UN CAPITULO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA

Summary: This work pretends to analyze the essential philosophical aspects of the personalism in Emmanuel Mounier. First of all, it is presented an outline of the historical and social context of France at the time author lived. Next the essay focuses the attention on the core principal that allows the building of this philosophy, specifically his concept of person and the characteristics that define it. Finally, the essay concludes with the examination of some christian statements which make up the Mounierian personalism.

Resumen: El en presente trabajo se pretenden analizar los aspectos filosóficos fundamentales del personalismo cristiano de Emmanuel Mounier. Para ello —ante todo— se esbozará brevemente el contexto histórico y social de la Francia en que vivió dicho autor. Seguidamente, se centrará la atención en el punto medular que permite la estructuración de esta filosofía específicamente, a saber: el concepto de persona y sus características definitorias. Y por último, el ensayo concluirá haciendo referencia a algunos de los planteamientos cristianos que conforman el personalismo mounieriano.

I. Emmanuel Mounier, “el desorden establecido” y el papel de la filosofía.

En la presente ponencia se hará referencia al personalista francés Emmanuel Mounier, contemporáneo de una generación de pensadores de renombre universal, que cuando los campos europeos estaban a punto para los disparos y las matanzas a escala nacional y mundial, nació el 1 de abril de 1905 en la ciudad francesa de Grenoble. En aquel importante año también nacieron: el existencialista

Jean-Paul Sartre, el marxista Henri Lefebvre y el amigo y continuador del personalismo, Maurice Nedoncelle. Hacia cuatro años lo había hecho André Malraux y 21 y 19 respectivamente, los maestros y amigos Jacques Maritain y Gabriel Marcel. Inmediatamente posteriores a Mounier son: Merleau Ponty (1908), Levi-Strauss (1908), Simone Weil (1909), Albert Camus (1913), Roger Garaudy (1913), Paul Rocoœur (1913) y Henry Dumery (1920) (1).

La infancia y la juventud de nuestro autor transcurren en aquella ciudad en que nació. Allí, rodeado de gente sencilla de la campiña, trabajadora y sana, estudia hasta el bachillerato. Su ya profunda sensibilidad le permite, no solo aprender de la naturaleza “virgen”, sino también del afecto de sus padres, de su hermana Madelein, mayor que él, y de sus abuelos, a quienes recordará después con agradecimiento y emoción profunda.

El impacto que dejó en él estos primeros años de convivencia campesina no se borrará jamás y no debemos pasarlo por alto; su posición cristiana, su humanismo, su filosofía y su sensibilidad en mucho se deben a estos años. El mismo escribió, el 7 de marzo de 1936 a los Touchard lo siguiente: “Soy un montañés, temperamentalmente ingenuo y rústico en mis aficiones, espontáneo; estoy hecho más para la contemplación soñadora del cielo y de la tierra que para las decisiones y los dogmatismos” (2).

La sorpresa parcial y el hecho de haber perdido gran parte de la visión en un ojo, desde sus primeros años, influyó, sin duda, en su carácter tímido, un poco triste, melancólico y solitario. Un hombre que, sin embargo, levantó una bandera desde muy joven y la defendió a lo largo de su vida:

"Redimir al hombre —escribió— hacerle salir de una miseria física y moral, a fin que pueda acercarse, con un mínimo de disponibilidad, a los valores del espíritu, denunciar en todo momento el fariseísmo abierto, latente de una sociedad que se llama cristiana y que, sin embargo, oprime al hombre con sus estructuras alienantes" (3).

He aquí la médula de sus ideales que encontramos a lo largo de su magna obra.

Igualmente importantes fueron sus años universitarios; es precisamente allí donde se inició en los estudios filosóficos (1924-27) y donde conoció a su primer gran maestro, me refiero a Jacques Chevalier, quien de alguna manera es quien perfila su vocación filosófica.

Vale sin embargo aclarar que nuestro autor no se encontró completamente a gusto en las aulas universitarias; esto debido, fundamentalmente, a que allí se idealizaba el mundo, sin que mediara un verdadero compromiso con el resto de los hombres. Y es que según Mounier, tanto la filosofía como el arte, la religión, la moral y cualquier otro quehacer humano, debían ser, en primera instancia, para el hombre histórico que vive la vida, aunque esto suene redundante. "Una filosofía que no fuese 'comprometida', no sirve" —repetía Emmanuel en sus días—. De aquí que, a fin de no quedar marginado en este mundo concreto y real, es necesario unir pensamiento y acción, y esto pocas veces se logra en el claustro universitario.

Sustenta estas ideas un concepto y una intención antropológica clara y profunda:

"El hombre no es ni ángel ni bestia. Ni espiritual ni carnal. Es, a la vez, lo uno y lo otro. El hombre es una planta enraizada en la tierra, de la que extrae su sustancia, mantenido por el ritmo de su destino, pero un destino superior atraviesa su vida como una corriente de savia que, sin arrancarle de su suelo, le llama cada vez más arriba" (4).

Vemos así, cuestión que el mismo autor señala, como este principio filosófico-antropológico se sitúa en las antípodas de un idealismo puro, como tal, evasivo de la realidad circundante. La filosofía no puede ser abstracción plena, ni mera especulación, no puede ser un sistema eidético fríamente concatenado, ni una construcción lógica exhaustiva, completamente artificiosa. Consecuentemente Mounier señala que la Filosofía debe apuntar a lo concreto, a lo cotidiano, preocupándose por el hombre, por su vida personal y particular, por su destino, también singular y, a la vez, trascendente.

Desde sus primeras experiencias universitarias nuestro autor mostró aversión ante la filosofía "clásica", por ser, a su criterio, idealista, etérea y de-

senraizada del existir concreto. Aquella era un pensamiento sin acción y, por lo tanto, sin sentido. De aquí que, la filosofía propuesta por el personalismo de Mounier debe ocuparse de la persona enraizada, del hombre de carne y hueso, sensible, del hombre que ríe y también llora. Del hombre que afronta una vida llena de ilusiones, pero también, a ratos, llena de desilusiones. Esta filosofía implica un proceso de personalización que exige la encarnación de la idea. "*Y la idea se hizo carne*" parece ser el *leit motiv* de este género de pensamiento. Es decir, la filosofía personalista no es labor de especialistas, de un grupo de separados del contacto con lo vital, no es elaboración idealizada de lo real, sino, por el contrario, compromiso-permanente-con la vida.

El hallazgo central de esta filosofía es la noción y valoración de lo *personal* y esto, sin duda, tiene una razón histórica y social que le justifica: *el desorden establecido*, como lo señalara Mounier mismo (5). Con esto nuestro autor se quería referir a esta sociedad post-industrial (como la llamó Jean Cau), o en terminología camusiana, a la sociedad industrial avanzada; caracterizada, entre otras cosas, por un materialismo frenético, por la locura colectiva de las drogas, por la pornografía desmedida, por la erotización, por la industrialización y tecnologización mecanicista hasta el "amor", por el anarquismo, y por muchos otros aspectos más que todos nosotros conocemos y padecemos cotidianamente. Este "desorden establecido", esta sociedad corrupta y absurda, que no comprendió a Mounier, es la "situación" que explica y justifica, concreta e históricamente, el quehacer filosófico de nuestro autor.

Nuestro mundo, que de alguna manera lo fue de Mounier, atraviesa una crisis profunda de desesperación, necesita un nuevo renacimiento, una actualización evangélica. En este sentido escribe nuestro autor en el *Manifiesto al servicio del personalismo*: "que lo que era preciso reprochar a la civilización técnica no es el ser inhumana en sí, sino el hecho de no estar aún humanizada y, de servir a un régimen inhumano". Mounier lucha contra este régimen capitalista —consecuentemente burgués—, no tanto porque destruya de una vez y para siempre al hombre, sino porque lo ahoga paulatina e inhumanamente, bien en la miseria, aceptada muchas veces como natural, o bien en el ideal pequeño burgués (6).

El desorden existe, está ahí y aquí, encarnado en forma de egoísmo: amor desordenado del dinero, del placer, del confort, del bienestar, de competen-

cia, de tendenciosidad, de explotación. Ese desorden establecido está además legalizado en la esencia de una sociedad mentirosa, injusta, irracional y cruel, que coloca al hombre en situación de no poder gozar de un mínimo vital, lo que Mounier llama *lo necesario personal*. Una sociedad en la que todavía hoy día, impera el hambre, y en la que el acceso a los medicamentos es privilegio de algunos, así como el techo, el abrigo y la justicia.

Vemos como nuestro autor al hablar del *desorden establecido* pretende referirse a la situación desestable en la que la persona humana se encuentra, merced a la sociedad burguesa, individualista y competitiva por antonomasia, muchas veces mal llamada cristiana. Esa situación no es otra cosa que la imposibilidad, por parte del individuo, de acceder plenamente a la condición de persona. Mounier vive en esa sociedad, padece sus males y se da cuenta que la tarea primaria del hombre, de la persona, no es tanto subsistir, sino vivir plenamente, y para esto se requiere una acción comprometida y permanente, una unión sustancial entre pensamiento y acción, entre lo espiritual y lo material:

"El humanismo burgués está esencialmente basado en el divorcio del espíritu y de la materia, del pensamiento y de la acción. Desde los jóvenes revolucionarios de extrema derecha a los mismos marxistas, defensores y adversarios de lo espiritual, todos se han unido en nuestro tiempo en una crítica unánime, aunque indistintamente fundada, de este idealismo exangüe y ansioso de provecho que se halla en la base de las concepciones burguesas" (7).

Nuestro filósofo critica a su sociedad en forma global, superando y sobrepasando ideologías aparentemente distintas pero que, al fin y al cabo, no implican diferencias radicales en lo que respecta a las necesidades transformacionales de esa sociedad. Además, la crítica del autor es doble: por un lado, atañe a las estructuras económicas del mundo burgués (de aquí que haga referencia al capitalismo, al régimen salarial y de propiedad, a la concepción de trabajo, etc.) y, por otro lado, se ocupa de la mentalidad que esas estructuras crean en el espíritu personal y en la conducta de quienes "aceptan" ser sus beneficiarios. Por esto se dice que la sociedad capitalista criticada por Mounier cae simultáneamente bajo un doble enjuiciamiento: uno técnico (marxista) y otro moral (cristiano).

Mas no se puede abstraer esta realidad capitalista, este "desorden establecido" que hasta ahora hemos entendido en términos generales, de la coyuntura específica que vivía Francia en aquellos momentos y que, sin duda, fue el desorden establecido inmediato que influyó directamente en el persona-

lismo esperanzador de Mounier. En este sentido, téngase claro que, otrora el magno imperio francés, vivía quizá uno de sus momentos más difíciles; era una Francia de desilusión, decepción y desesperación; una Francia de personas sin sentido, atravesada y profundamente herida por dos guerras mundiales, en consecuencia, ocupada en dos oportunidades por los alemanes. En fin, utilizando la terminología orteguiana, una Francia desvertebrada, ante la cual había dos opciones: una nihilizante y cosificadora, otra esperanzadora y activadora, nuestro autor eligió esta última.

II. La persona, concepto central de la filosofía de Mounier

Aunque Mounier se opone a que se intente comprender el personalismo partiendo de la definición de persona (8), a nosotros nos parece conveniente iniciar este apartado con el siguiente intento de definición, dado por el mismo Mounier.

"Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos por un compromiso responsable y una constante conversión; de este modo unifica toda su actividad en la libertad, desarrollando además, a fuerza de actos creadores, lo singular de su vocación" (9).

La persona, nos dice el autor, "no es mi individuo. Llamamos individuo a la difusión de la persona por la superficie de su vida y su gusto en ese perderse allí"; la persona "no es la conciencia que yo tengo de ella". Sutil y profunda distinción: persona y personalidad difieren radicalmente. La personalidad no es más que el fin-histórico-social-y-variable-de-la-persona; digámoslo así: el resultado de mi esfuerzo por ser persona. Mientras la "persona" propiamente dicha es el ente que, gracias a su status ontológico, funda, posibilita y define el paso de una personalidad a otra.

Tenemos así que la persona es "un centro invisible en donde todo se aúna", es una "presencia en mí", gracias a la cual se equilibran y unifican las tres dimensiones espirituales que nos caracterizan: vocación, encarnación y comunión. La persona es una especie de equilibrio totalizante y, a la vez, un absoluto. Negativamente, la persona no es "cosa" ni "objeto" ni "parte de la naturaleza", ni un "momento" en la evolución del cosmos, ni, muchos menos, un "medio" para lograr un fin (10).

Recién citamos las tres dimensiones espirituales de la persona, es necesario que nos aboquemos a

ellas, así comprendemos la riqueza intrínseca que el ser persona implica y algunos de sus matices principales.

En primer lugar la persona es vocación. Es decir:

"Esta *unificación* progresiva de todos mis actos, y mediante ellos, de mis personajes o de mis situaciones, es el acto propio de la persona. No es una unificación sistemática y abstracta, es el desenvolvimiento progresivo de un principio espiritual de vida, que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior. Este principio creador es lo que llamamos en cada persona su *vocación*. Que no tiene valor primario el ser singular, porque, aunque caracterizándolo de manera única, acerca al hombre a la humanidad de todos los hombres. Pero, al mismo tiempo que unificadora, es *singular por añadidura*. El fin de la persona le es así, en cierto modo, interior: es la búsqueda ininterrumpida de esta vocación" (11).

Consecuentemente, la vocación es unificación de la persona en sí, en su ser espiritual independiente. Es una especie de recogimiento a lo privado, a lo singular. A esto hay que añadir que para nuestro autor, simultáneamente, la vocación es apertura, siempre en búsqueda de una "unidad presentida, deseada y jamás realizada". La vocación es *sístole* y *diástole*.

Pero además, la persona-es-una-encarnación. La persona está encarnada y no por ello se dispersa ni se pierde en la materialidad o particularidad. El hombre, en esta filosofía, es cuerpo y espíritu, según ya lo señalamos, es inmanencia natural y trascendencia sobrenatural (12).

Por último, el hombre-es-comunión-o-comunicación. Mounier escribe al respecto que el primer cuidado del individuo es centrar a la persona en sí, mientras el primer cuidado del personalismo cristiano es descentrarlo para establecerse en las perspectivas abiertas de la persona. Aparece aquí el otro, los otros, quienes están llamados a suscitar una sociedad de personas cuyas estructuras, costumbres, sentimientos y finalmente instituciones sean marcadas por su naturaleza de personas. El fin es claro, el todo al servicio de la persona y ésta es en la medida que se relaciona con los otros.

Ahora bien, la comunión, que podríamos entenderla sucintamente como el contacto con el otro gracias a la salida de uno mismo, se establece en diferentes niveles, desde el más simple y natural, la pareja, hasta el más pleno y sobre natural, la comunicación con Dios. Es precisamente aquí donde adquiere todo su sentido.

La comunión es, a criterio de nuestro autor, parte *sine qua non* de nuestra existencia personal y está inserta en el corazón mismo de la persona.

III. Compromiso, revolución y cristianismo

Hasta ahora hemos intentado comprender brevemente las características esenciales que Mounier atribuye al ser-persona-humana; y anteriormente habíamos intentado comprender el "desorden establecido" como la "situación" analizada por nuestro autor, ante la cual su filosofía aparece como contestataria. Sucintamente podríamos decir que el "desorden establecido" es importante en la filosofía que estudiamos porque amenaza el -ser-persona-humana, en sus tres dimensiones espirituales características. Entonces surge una pregunta -¿Qué hacer? y junto a estas otras: -¿Cómo hacerlo?; ¿En qué medida el personalismo da pautas de comportamiento para superar esta situación?; etc.

Para comenzar, dice Mounier, es necesario *romper* con este "Desorden". El primer paso, insuficiente por sí solo, es la toma de conciencia y, simultáneamente debe haber una toma de posición, un compromiso:

"...yo diría que la revolución personal comienza por un *tener mala conciencia revolucionaria*. Es menos el tener conciencia de un desorden exterior, científicamente establecido, que el tener conciencia el sujeto de su propia participación en el desorden, hasta aquí inconsciente, hasta en sus actitudes espontáneas, en su personaje cotidiano.

Entonces viene la negativa, y tras las negativas, no una estructura de "soluciones", sino el descubrimiento de un centro de convergencia de las claridades parciales que despiertan una meditación proseguida, las voluntades parciales que nacen de una voluntad nueva, una *conversión continua* de toda la persona solidaria, actos, palabras, gestos y principios en la unidad siempre más rica de un único compromiso. Tal acción está orientada al testimonio y no al poder o al éxito individual" (13).

Aparece el pensamiento, la concientización no como suficientes pero sí como necesarios. Sin embargo, quizá lo definitivo y contundente es la práctica vital, crítica y novedosa, una práctica vital de permanente denuncia y de constante discernimiento. Esta denuncia y este discernimiento no deben ser solamente verbales e individuales; más que eso deben caracterizarse por una acción de testimonio y de ruptura, a la vez que, deberán involucrar a toda persona.

Nuevamente Mounier es firme al manifestar que no debe haber una separación entre teoría y práctica y además precisa el accionar adecuado:

"...no basta, se ve, afirmar de modo general la solidaridad entre la teoría y la práctica. Es necesario trazar la geografía completa de la acción a fin de saber todo lo que debe ser unido y cómo. Ninguna acción es sana y viable si descuida por completo o, peor aún, si rechaza la preocupación por la eficacia o el aporte de la vida espiritual. Es verdad que la incapacidad de cada

hombre para realizar plenamente el hombre total especializa la acción. El técnico, el político, el moralista, el profeta, el contemplativo se irritan a menudo unos con otros. No se puede ser todo a la vez; pero la acción en el sentido corriente del término, la acción que tiene incidencia sobre la vida pública, no podría, sin desequilibrarse, darse una base más estrecha que el campo que va del *polo político* al *polo profético*. El hombre pleno de acción es el que lleva en sí esta doble polaridad y navega de un polo a otro, combatiendo alternativamente para asegurar la autonomía y regular la fuerza de cada uno, y para encontrar comunicaciones entre ellos. Por lo común, el temperamento político, que vive en el arreglo y el compromiso, y el temperamento profético que vive en la meditación y la audacia, no coexisten en el mismo hombre. Es indispensable a las acciones concertadas producir las dos especies de hombres y articularlos unos con otros. De otro modo, el profeta aislado cae en la vana imprecación, y el táctico se hunde en las maniobras (14).

Todo accionar comprometido pretende redundar en fundamentar la base de una civilización dedicada a la persona humana. Esto es, una civilización "cuyas estructuras y espíritu estén orientados a la realización como persona de cada uno de los individuos que la componen" (15). Pero para concretar esta actitud personalista, de rotunda oposición y de ruptura con respecto al "desorden establecido", se requiere una verdadera mentalidad revolucionaria, o dicho más explícitamente, una mentalidad capaz de revisar y remover los valores y las estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas.

Muchos se preguntarán cuál debe ser el rol que ante esta situación debe asumir el cristiano. ¿Puede o no ser agente orgánico de tal revolución? No, no solo puede, lo que es más, debe, siempre en armonía con las enseñanzas de Cristo y utilizando medios proporcionados a la persona. Mounier fue decisivo al afirmar que un verdadero cristiano, ante este "desorden", no puede ser sino un rebelde insigne, no serlo sería traicionar el cristianismo.

Quién mejor que él podía afirmar lo anterior, un cristiano comprometido en la lucha transformadora. No señalar esta condición del personalismo que estudiamos sería dejar inconcluso nuestro trabajo y, por qué no, tergiversar el pensamiento del autor. La filosofía de Mounier es personalista y cristiana simultáneamente. La persona es el centro de su quehacer intelectual, pero, en ningún momento, se le desprende de su espiritualidad trascendente y sobrenatural. Decir persona humana es decir creatura y suponer un creador. Además, nuestro autor tenía completamente claro que el amor y la apertura al otro implica el amor y la apertura para con Dios y para conmigo mismo; así como también, que el lograr una superación del "desorden establecido" equivalía a concretar el reino de Dios en nuestra historia, beneficiando, primariamente, al prójimo

más necesitado: "El espíritu religioso no consiste —para Mounier— en cubrir el todo con la apologética, sino en separar lo auténtico de lo inauténtico, y lo durable de lo caduco. Coincide aquí con el espíritu del personalismo" (16).

La revolución a la que hemos hecho referencia es una conversión total del hombre en sus acciones, una reconstrucción total de la civilización, o bien, "de toda una época de la civilización". Esta revolución, que en el caso de Mounier es personalista y cristiana a la vez, pretende proteger y perfeccionar a la persona en cuanto tal. Con esto de alguna manera se opone nuestro autor a los conceptos que sobre la religión emitieron Proudhon, Bakunin, Marx y otros filósofos. La persona en esta perspectiva personalista-cristiana es presencia, afirmación y fin. Pero no es presencia *en sí*, afirmación *en sí*, ni fin *en sí misma*; es *respuesta y trascendencia* y, como tal, hay que valorarla y respetarla permanentemente.

NOTAS

(1) Aunque hay muchas obras que se ocupan de la biografía de nuestro autor me permito recomendar la siguiente, ya que en su primer apartado ("El hombre") da una buena semblanza de Mounier y es la que estamos utilizando: Blazquez, F. *Emmanuel Mounier*. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. 1972.

(2) *Mounier et su generation*. Ed. Seuil, 1956. p. 19-20.

(3) Sobre esta cita expresa Blazquez: "Este fue el grito, incansablemente lanzado por Mounier a través de 'Esprit', y con el que se comprometió vitalmente". *Op. cit.*, p. 13.

(4) *Esprit*, 26 de noviembre de 1934.

(5) En 1933 lanza Mounier por primera vez esta expresión, en un número de *Esprit* titulado precisamente: "Ruptura entre el orden cristiano y el desorden establecido".

(6) *Manifiesto al servicio del personalismo*. Madrid: Ed. Taurus S. A., 1965. p. 76.

(7) *Ibid.*, p. 26-27.

(8) Desde la introducción de su obra *El personalismo* nuestro autor escribe: "Se podía esperar que el personalismo comenzara por definir la persona. Pero sólo se definen los objetos exteriores al hombre y que se pueden poner ante la mirada. Ahora bien, la persona no es un objeto..."

(9) *Manifiesto*... p. 71-72. Vale aclarar que seguidamente el autor escribe: "Por precisa que pretenda ser, no se puede tomar esta designación como una verdadera definición. La persona efectivamente, siendo la presencia misma del hombre su característica última, no es susceptible de definición rigurosa".

(10) Cito a Mounier: "Queremos decir que, tal como la designamos, la persona es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona humana. Jamás puede ser considerada como parte de un todo: familia, clase, Estado, nación, humanidad. Ninguna otra persona, y con mayor razón ninguna colectividad, ningún organismo, puede utilizarla legítimamente como un medio". *Manifiesto*... p. 73.

(11) *Ibid.*, p. 78-79.

(12) En este sentido véase el Cap. I de la Primera Parte de *El personalismo*.

- (13) *Manifiesto...* p.256.
 (14) *El personalismo*. p. 127.
 (15) *Manifiesto...* p. 75.
 (16) *El personalismo*. p. 154.

BIBLIOGRAFIA

- Blazquez, F. *Emmanuel Mounier*. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas S. A. 1972.
 Díaz, Carlos y Manuel Maceiros. *Introducción al personalismo actual*. Madrid: Ed. Gredos, 1975.
 Domenach, J.M. "Emmanuel Mounier". Rev. *Psyké* (París) Junio de 1950.

- Lacroix, Jean et al. *Presencia de Mounier*. Barcelona: Editorial Nova Terra, 1966.
 Mounier, E. *El personalismo*. Bogotá: Editorial el Buho. 1984.
 . *Manifiesto al servicio del personalismo*. Madrid: Taurus Ediciones, S.A. 1965.

Eval Araya V.
 Escuela de Filosofía
 Sede de Occidente
 Universidad de Costa Rica
 Costa Rica